

CENTRO AMERICA: condiciones para su integración

José Miguel Alfaro — Gabriel Aguilera
Fernando Berrocal — Daniel Camacho
Carlos M. Castillo — Miguel De Castilla
Rodrigo Madrigal — Miguel Angel Rodríguez
Rodolfo Solano — Edelberto Torres

Edición: Francisco Rojas Aravena



ediciones
ALACSO

colección 25 aniversario
San José, Costa Rica, 1982

REG.

CUT.

LIBRERIA

Primera Edición:
Ediciones FLACSO
Diciembre de 1982

© Ediciones FLACSO

Este libro es editado por la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO. Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

338.972.8

C397c

Centroamérica: Condiciones para su integración / José Miguel Alfaro (y otros). -- Ediciones FLACSO a cargo de Francisco, Rojas Aravena. -- San José, C.R. : EUNED, 1982. 168p.: (Colección 25 aniversario)

ISBN: 84-89401-03-9

1. América Central - Integración económica. 2. Ciencias Sociales. 3. América Central - Condiciones sociales.



Impreso en Costa Rica
en los Talleres Gráficos de la Editorial EUNED
Reservados todos los derechos
Prohibida la reproducción total o parcial
Hecho el depósito de ley

CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i>	7
<i>PRESENTACIÓN</i>	9
Centroamérica: Crisis Estructural y Crisis de la Libertad Individual MIGUEL ANGEL RODRÍGUEZ	13
La Crisis Económica Centroamericana: Una propuesta de Análisis Histórico-Político EDELBERTO TORRES RIVAS	27
Una Voz Propia para Centroamérica CARLOS MANUEL CASTILLO	55
La Paz, Cimiento de la Integración Centroamericana RODRIGO MADRIGAL NIETO	67
Centroamérica: La Crisis de un Sistema Oligárquico RODOLFO SOLANO ORFILA	85
La Revolución Popular Sandinista, la Revolución y la Contrarrevolución en Centroamérica MIGUEL DE CASTILLA	99
La Integración como Instrumento de Desarrollo JOSÉ MIGUEL ALFARO	111

Integración y Proyecto de Clase en Centroamérica GABRIEL AGUILERA	123
La Crisis Económica Internacional y la Integración Centroamericana FERNANDO BERROCAL	137
Un Enfoque Alternativo de la Integración Centroamericana DANIEL CAMACHO	151

CENTROAMERICA:
LA CRISIS DE UN
SISTEMA OLIGARQUICO

Rodolfo Solano Orfila

Acabo de concurrir a una reunión que celebró una comisión creada por el Poder Ejecutivo para definir lo que se ha dado en llamar la "Canasta Básica", con el objeto de encontrar algún mecanismo de ajustes salariales que permita al menos moderar el agudo problema social que padecen determinados estratos de la población del país. La idea es evitar que, a causa de ese deterioro de los grupos sociales de menores ingresos, se resquebraje nuestro sistema institucional, pues ya comienzan a manifestarse severos signos negativos en el poder adquisitivo de los salarios para atender las necesidades básicas de los habitantes.

En esa reunión, a la cual asistieron, además, el Ministro de Planificación Nacional y Política Económica, así como personal técnico de esa Oficina, del Ministerio de Trabajo, de la Dirección General de Estadística y Censos, del Ministerio de Economía y de otras instituciones nacionales, se nos revelaron cifras que en verdad llaman a la reflexión. Los estudios muestran la existencia de hondos problemas nutricionales en ciertas capas de la población y cómo los patrones de consumo de las clases medias y bajas acusan una abrupta caída por el aumento del costo de la vida, que sobrepasó, inclusive, todas las previsiones que se habían hecho durante la campaña política y en los primeros análisis del actual Gobierno.

El desajuste es de tal naturaleza, que resulta sumamente difícil de corregir y obligará a tomar decisiones inusuales en Costa Rica. Las opciones que tenemos a la vista implican, en efecto, decidir a qué grupos afectarán tales medidas, en qué cuantía, hasta dónde puede llegar el sacrificio de la población, cuál es la fuerza de unos y otros grupos para negarse a cumplir su cuota de sacrificio. Me atrevo a afirmar que, en estas circunstancias, el Gobierno y quienes tenemos responsabilidades públicas en estos momentos, seremos colocados en la obligación de tomar decisiones radicalmente distintas a las del pasado, a las cuales no se ha recurrido antes en la historia del país.

La característica apertura de la economía costarricense hacia el exterior se agudizará cada vez más en virtud de las relaciones que nos unen con el resto del mundo y particularmente con Centroamérica. Es aquí, quizá, en donde se conectan los temas tratados en la mencionada reunión y los que se nos ha solicitado comentar en este Seminario. En esos temas, suplidos por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), se halla un verdadero diagnóstico de la situación centroamericana; un revelador diagnóstico de las tremendas circunstancias en que se desenvuelve el acontecer en Centroamérica; un escenario grotesco, triste, deshumanizado, en el cual no se vislumbra, por lo menos para el futuro inmediato, una esperanza cierta de solución.

Con todo, estoy seguro de que, tanto como yo, los aquí presentes — en particular quienes se interesan por los problemas sociales —, habrán de coincidir en que la gran tragedia que experimenta Centroamérica hoy es el inevitable desenlace de una serie de acontecimientos ocurridos en la región, independientemente de lo que sucede en el mundo, con sus cambios violentos, sus revoluciones energéticas, financieras y políticas. Estos fenómenos internos del Istmo Centroamericano son, en realidad, propios de su entorno, de su población y de su transcurrir histórico. Pocas regiones del globo han padecido tanta iniquidad como la zona centroamericana. Las situaciones de injusticia sufrida por los guatemaltecos, los salvadoreños, los nicaragüenses y los hondureños — como pude palparlas personalmente durante mis gestiones como miembro del Comité de Alto Nivel —, no podían desembocar sino en una quiebra con los regímenes constituidos. Como reza el refrán : “ No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista”.

Quizá todos los pueblos de Centroamérica han sentido la llama de la insurrección, de la sublevación, que nunca se ha extinguido y que en determinado momento se convirtió en hoguera, tomó fuerza arrasadora y propagó su incendio hasta convertir en una conflagración el grotesco escenario de esta parte del mundo, hasta producir la dramática y desgarradora situación en que se debate Centroamérica. Esto era inevitable debido a la incomprensión de quienes detentaban el poder, bien fuera poder de índole económica, o de quienes estaban al servicio de las clases de mayores recursos, sobre todo los militares y, algunas veces, las congregaciones religiosas.

Nada, pues, de lo que está sucediendo puede sorprender a nadie. Nada de esto puede ser motivo de falsas tristezas ni de traumas; nada de esto puede impedirnos que hablemos de genocidios como el sucedido el año pasado en el tristemente famoso río que separa a El Salvador de Honduras. Ese enfrentamiento tenía que llegar algún día, porque las clases gobernantes nunca habían cedido en sus posiciones, ni conformado jamás con otro sistema distinto del basado en la opresión que les garantizaba pingües ganancias y bienestar superior a costa del sometimiento del pueblo.

Conocemos las razones históricas de esos hechos y esas circunstancias. De eso se ha salvado Costa Rica debido a causas ya conocidas ampliamente por ustedes y que no es del caso repetir aquí. Lo cierto es que la historia costarricense es sustancialmente distinta a la de los demás países del Istmo. A pesar de ello, me parece que vale la pena hacer un corto recuerdo en torno a por qué somos cinco repúblicas, cinco pequeñas repúblicas y no un solo país como México, o una sola República Centroamericana.

Con el perdón de los “conquistadores”, yo siempre le echo la culpa de ese fraccionamiento de Centroamérica a la Corona Española. La Corona no permitía a estos países del Istmo comerciar entre sí, con el objeto de obtener para ella misma abundantes ganancias del comercio de las especias. La forma misma como gobernó España esta parte del mundo, hacía prever que su estrategia política y administrativa estaba orientada a evitar a todo trance la unificación de las cinco provincias del centro de América, con el propósito de eludir una sublevación o un reto cierto de separación. Panamá fue el centro del comercio colonial y Centroamérica era un lugar estratégico para los españoles. No me parece que, en aquellos tiempos, los peninsulares tuvieran noción de que Panamá y Centroamérica fueran territorios distintos; simplemente constituían un istmo estratégico fundamental para trasladar, de un lado a otro del continente y a lomo de mula, las mercancías objeto de su comercio. Para ellos era importante, pues, que esa estrecha faja de tierra permaneciera totalmente dividida a fin de garantizar su sometimiento a la Corona Española.

En 1790, la Corona dispone impedir que nuestros países trafiquen sus mercancías por medio de Guatemala. Se prohíbe drásticamente en 1810 a esas provincias comerciar entre sí y se les obliga a hacerlo directamente sólo con la metrópoli. Creo que en esos hechos tiene su génesis la falta de viabilidad económica de la República Federal Centroamericana a partir de 1821. En realidad no existía tal República, por cuanto no se daba intercambio alguno en sus territorios; sencillamente se trataba de pequeños territorios, realmente separados unos de otros, que no se conocían entre sí, que no tenían comunicación alguna por vía terrestre y cuya separación fue promovida adrede por la Corona Española, merced a su sistema de gobernar. Debe recordarse la forma habilidosa como solía gobernar sus territorios España: el Rey nombraba (muchas veces pasándoles por encima a los virreyes) a los capitanes generales y a los gobernadores, y éstos designaban a los jefes políticos, también sin tomar en cuenta a otras jerarquías superiores. En suma, siempre se procuraba, desde el propio centro del poder, desde España, mantener divididas las posesiones coloniales, incluso, se hacía lo posible, de ese modo, por mantener en conflicto a las autoridades administrativas locales, con el propósito de evitar su insurrección contra la Corona.

Con el advenimiento de la independencia, se suspende el comercio con España. Surgen en la economía de estos países los dos grandes rubros de producción en que se ha sustentado esa economía desde entonces y hasta el presente. Comienza a cultivarse, en 1820, el café, y entre 1850 y 1880, el banano. La producción cafetalera da origen a una relación directa entre el pequeño productor y los comerciantes ingleses, que venían a nuestras tierras en busca del grano. En realidad, esa vinculación se da entre el carretero que compraba el producto al pequeño productor y lo vendía al comerciante europeo. Fue esa una vinculación, una dependencia estrecha, que experimenta algunos cambios en 1890 a raíz de la crisis económica europea. El resultado de ello fue la desaparición de los pequeños productores y el inicio de la formación del latifundio. El latifundio fue, desde luego, una estructura "natural" del desarrollo de la economía agrícola de los países centroamericanos, con excepción de Costa Rica. La economía del istmo se convierte en una economía abierta hacia el exterior, dependiente, sujeta a los vaivenes de la producción y del comercio del café y del banano.

Don Ricardo Jiménez Oreamuno, nuestro ilustre ex presidente, decía, en efecto, que el mejor ministro de hacienda era una buena cosecha de café. Esto, desdichadamente, fue cierto hasta hace muy poco tiempo, aunque puede serlo de nuevo en cualquier momento, como lo prueba el hecho de que en no pocas oportunidades son las heladas del Brasil las que salvan a la economía costarricense, pues a causa de ellas — y no de otras circunstancias —, comienzan a elevarse los precios del café en los mercados internacionales. La historia económica de Centroamérica, como se ve, no ha cambiado mucho. La ciencia de la economía no ha logrado, a pesar de sus avances, modificar sustancialmente esta realidad.

Lo digno de tomarse en cuenta es el hecho incontrastable de que la dependencia es el signo característico de la economía centroamericana. Ayer lo fue con respecto a España y Europa; hoy lo es en relación con la economía internacional; una dependencia que nos ata a las potencias europeas primero y posteriormente a los Estados Unidos de América. Una dependencia que, incluso, llega a mimetizar a las clases pensantes y a las clases dominantes de Centroamérica, en una fórmula que las identifica completamente con el extranjero. Una dependencia que mediatiza la cultura de algunos grupos de la sociedad centroamericana, identificada antes con Europa y ahora con la rica nación de Norteamérica. Una dependencia que provoca en esas clases dominantes un sentimiento de ser totalmente diferentes de la clase trabajadora, servidora de ellos mismos, sin mayor diferencia con lo que hacían los hugonotes en el Africa del Sur, o algunos otros regímenes militares de corte imperialista como tantos que han existido en el mundo.

Las cosas comienzan a cambiar en 1950 cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, se realiza la Conferencia de Comercio Internacional de La Habana, con el propósito de establecer un régimen de libre comercio en el mundo entero; un régimen comercial que permitiera desatar - según decían sus propulsores-, las fuerzas reales de la economía, de tal modo que los países pudieran comerciar entre sí; que hiciera posible el desarrollo de la fuerza productiva gracias a una irrestricta libertad de comercio. En efecto, esto trajo aparejado un importante cambio en la producción mundial, pero también provocó fenómenos de concentración de capitales como no se habían visto jamás en la Historia, ni siquiera comparables a los acaecidos a raíz de la Revolución Industrial. Esto por cuanto el "libre juego de la oferta y la demanda" no permitió la "paridad de precios" entre los productores de materias primas agrícolas o minerales, con los productores de bienes industriales.

Esa Conferencia de La Habana es determinante, también, del desarrollo de otras fuerzas que pretendían contrarrestar a los grandes imperios económicos, mediante el establecimiento de una política de libre comercio. Así nacen, en las Naciones Unidas, los grupos y organizaciones regionales para el desarrollo económico de los países pobres, particularmente la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL), en Latinoamérica y otros organismos similares en África, en Asia y en Medio Oriente. Hubo, pues, cuatro comisiones económicas, las cuales integraron el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas para la promoción del desarrollo.

Esas comisiones procuran establecer, para los países no desarrollados, modelos similares a los que, supuestamente, habían hecho fuertes a las grandes naciones del mundo - como los Estados Unidos y Rusia, que en realidad son inmensas federaciones de países que crean espacios económicos en donde se puede desarrollar una industria que requiere cuantiosas inversiones-. Así, para América Latina se crea la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) -llamada hoy ALADI-, y para Centroamérica, el Mercado Común Centroamericano (MCCA).

En cuanto concierne concretamente a Centroamérica, he sostenido siempre la tesis (un poco especulativa, que tendría que analizar más a fondo en busca de pruebas que la confirmen), de que, en torno al establecimiento del Mercado Común Centroamericano, se produjo un gran enfrentamiento entre los economistas desarrollistas de la CEPAL, por una parte, y los representantes del poderío financiero norteamericano por medio de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), y su brazo económico el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE). Tan pronto la CEPAL propone una integración racional - a base del establecimiento de industrias para todo el territorio centroamericano, industrias que fueran capaces de aumentar el valor agregado

local en su producción, utilizar maquinaria, etc., que necesitaban mayor espacio económico que le diera sentido a una industrialización incipiente pero auténtica y no de simple transformación (como al final sucedió)-, se hace evidente que para los Estados Unidos esta región ha sido su patio trasero, su mercado pequeño, su tienda de la esquina; se pone de manifiesto su temor de que con semejante ejemplo, pudiera verse afectada su economía en su relación con las naciones grandes de Suramérica y del Caribe. De tal manera, los norteamericanos deciden oponerse radicalmente, por medio de la AID y el BCIE, al modelo "cepalino"; deciden imponer medidas contrarias a los objetivos de esta que yo denomino como un intento de integración racional.

En mi criterio, el modelo de sustitución de importaciones, de la CEPAL, no falló en Centroamérica. Lo que ha sucedido es que, en su lugar, hemos utilizado, más bien, el modelo de la AID porque su brazo financiero - el Banco Centroamericano de Integración Económica - era más fuerte, pues ponía el capital semilla para el desarrollo de las industrias que se instalaban y de las empresas que ya realizaban ventas a la región. Estas empresas (como la Colgate-Palmolive, la Scott Paper, las fabricantes de camisas "Arrow" y "Manhattan", entre otras) resolvieron, sencillamente, saltarse la barrera arancelaria impuesta para poder crear el mercado regional, y decidieron establecerse en nuestra área para, más bien, aprovechar esa barrera en su propio beneficio. Para lograrlo, contaron con su estado protector (los Estados Unidos), que les proveyó los recursos necesarios para montar sus agencias en Centroamérica. Esto condujo a un enorme costo social en el proceso de integración, pues a la larga los productos que antes se importaban a precios bajos, llegaron a encarecerse en forma sustancial debido a la economía de escala, aparte de que su calidad resultaba inferior. Lo que sucedió fue que esas empresas norteamericanas montaron aquí sus fábricas con un aporte de capital del Banco Centroamericano y otro de los capitalistas locales. Ahí donde sobraba capital - como en Guatemala y El Salvador -. De ese modo, los grupos centroamericanos económicamente poderosos, las oligarquías agroexportadoras, se convirtieron en aliados, en esas empresas industriales, de los capitalistas norteamericanos. Podría estimarse en un 20 o/o el aporte que, en ese sentido, hizo el Banco Centroamericano; el 80 o/o restante fue aportado por representantes de las grandes familias que dominan la oligarquía agroexportadora.

Desde luego, la justificación que se le dio a la integración, aun con los defectos ya señalados, fue la de generar trabajo, para absorber la mano de obra desplazada por una agricultura que se estaba mecanizando. La tesis de la CEPAL era, en ese sentido, absolutamente clara, cierta y lógica; era necesario emprender la industrialización de estos países aun cuando fuera una industrialización incipiente.

Es obvio que la unión de las oligarquías agroexportadoras con los industriales llegó a concentrar el poder mucho más que en el pasado, pues esas oligarquías se convirtieron también en oligarquías industriales, llegando a fusionarse en una sola clase el poderío agrícola e industrial, sobre todo en El Salvador y en Guatemala, y hasta en Nicaragua, sólo que en esta última el patrón difiere por estar encarnado en una sola persona - Somoza-, que reunió en sí el poder político, el económico, el social y el militar.

Este fenómeno desnaturalizó, sin duda alguna, el verdadero sentido de la integración económica de la región. Por cuanto no se produjo el esperado beneficio social del proceso, el avance social que incorpora en éste a un número cada vez mayor de personas y que les permite acceso más amplio a la toma de decisiones sobre el acontecer de sus países. Sucedió, más bien, lo contrario.

No todo, sin embargo, es negativo en la integración. También produjo tecnócratas, que no existían antes de ese proceso : expertos en mercadotecnia, en textiles, en maquinaria para elaborar productos, en computación, etc., sobre todo en Guatemala y El Salvador. Estos expertos llegaron a formar una nueva clase media, la clase media tecnócrata, distinta de la clase media costarricense, cuyos orígenes son diferentes. Esa clase media tecnócrata nació bajo el patrocinio - y muchas veces con el financiamiento -, de las clases agroexportadoras e industriales dominantes, y por supuesto, aspiraba a vivir como aquellos que les dieron sustento. Por lo tanto, en lugar de constituirse en factor de evolución, se constituyeron en un factor de contención de las aspiraciones populares.

Un fenómeno similar sucedió en Costa Rica, no obstante sus grandes diferencias con los otros países del Istmo. Con frecuencia, explico a los jóvenes del partido político al que pertenezco, las características de esa clase media costarricense que hizo posible la Revolución de 1948, como quiera que se interprete esa Revolución; pero debemos recordar que ésta al menos tuvo la virtud de restablecer la libertad de sufragio, de afianzar el régimen de justicia, de crear el Servicio Civil y de nacionalizar la banca, entre otras cosas. Sin duda, esa clase media costarricense jugó un papel importantísimo en esa evolución; era una clase estudiosa y con grandes anhelos de superación. Veinte años después, se convierte quizás, en el más poderoso factor de contención de las antiguas clases acomodadas, de las que poseían el poder económico en Costa Rica, de la pequeña oligarquía que, a pesar de todo, existía en el país. A esa oligarquía, entonces, que ha querido vivir a un nivel que no parece corresponder al aporte que hace a la producción nacional. Eso sí, esa clase media exigió al Estado cada vez mayor bienestar, a costa sobre todo, de las clases campesinas, que son las que han resultado más

perjudicadas en el proceso. En mi opinión, el costo social de esa evolución recayó en dichas clases campesinas más que en ninguna otra, hasta el año 1980, pues de ahí en adelante la situación varió de manera sustancial.

En Costa Rica no hubo una verdadera revolución, sino más bien un proceso de reformas, pero de reformas importantes y de signo positivo en su mayoría. En ese proceso, el factor reformista fue esa clase media formada por burócratas y tecnócratas, clase a la que más difícilmente se le puede dar oportunidad en estos momentos; que se halla dividida, como lo demuestra la actual huelga decretada por los médicos nacionales, cuya actitud denota que se sienten con derechos distintos y superiores a los del resto de la población, no importa que esa población quede totalmente rezagada.

Todo lo dicho nos ubica, pues, en la situación descrita en ese resumen que se nos presentó a los expositores de este Seminario, en el sentido de que, en los momentos en que los centroamericanos estábamos a punto de obtener cierta soberanía en nuestras decisiones, cuando parecía que estábamos a punto de consolidar una posición centroamericana progresista, se presenta una catástrofe universal, que gravita sobre estos países en forma determinante y nos coloca en la encrucijada en que nos encontramos en este momento...Creo que se dice bien al afirmar que los centroamericanos somos los que estamos en esa encrucijada, por cuanto, a pesar de que los costarricenses pensamos que nuestra situación no es la peor, el problema también nos afecta de manera ostensible. La situación de Costa Rica, cuyas características les narré al principio de esta charla, es traumatizante; con todo, aquí, aun cuando no estemos "mejor" que en los demás países de Centroamérica, a pesar de todo nos afecta el grave problema de no tener planteada una solución o una salida a la crisis. En El Salvador se vislumbra un camino, triunfe una u otra de las dos fuerzas en pugna; en Nicaragua está en marcha un proceso; en Guatemala está planteada una guerra civil. Pero en Honduras y en Costa Rica no hay nada planteado, y eso es trágico, porque entonces las respuestas acerca de lo que debemos hacer se complican sobremanera. Es trágico no saber el camino que debemos seguir frente a la crisis: si intentar de nuevo la integración centroamericana en la misma forma que en el pasado - es decir, por medio de las élites económicas -, o por la vía de una unificación de las mayorías populares; ello porque estamos conscientes de que en este momento somos una zona incorporada a la estrategia de guerra de las grandes potencias.

Supongo que lo de Afganistán, lo de Angola, lo de Nicaragua, lo de Cuba y lo de las Malvinas constituyen factores que están definiendo un mundo donde las grandes potencias han decidido quitarse sus caretas y hacerle saber al resto de las naciones que es el más fuerte, que es el

que triunfa y el que manda, y que no están dispuestas a permitir a nadie sublevarse contra ese poder sin darle su merecido por semejante osadía. Pareciera que el mensaje de Reagan al Caribe, por ejemplo, es una respuesta igual a la que su nación está dando a otros países aliados, en estos momentos cruciales para la historia de la Humanidad.

Se afirma que estamos a punto de perder los logros obtenidos por Costa Rica, que estamos por perder la convivencia pacífica característica de nuestra sociedad. Desde luego, yo creo que es así. Es más, no sé cómo no ha sucedido todavía. Siempre me pareció hiriente la frase de José Figueres en el sentido de que los costarricenses somos un país de "domesticados"; sin embargo, cada día que pasa nos damos cuenta de que el viejo líder tenía, desgraciadamente, la razón al emitir ese juicio. Somos una población reblandecida, un país en donde resulta inexplicable que aun los estratos más poderosos no puedan disponer de su ración diaria de alimentos, sino de manera salteada: si se almuerza no se come, o se come de día por medio. Ciertamente, eso le sucede a una capa cada vez más amplia de la población urbana en la que cunde el desempleo. Esa población, en efecto, ha reducido considerablemente sus patrones de consumo, pues su acceso a los artículos de la llamada "canasta básica" es cada vez más limitado, al punto de que hoy casi no pueden las gentes adquirir carne, leche y otros productos que antes resultaban comunes en su dieta. Esto se debe a una violenta elevación de los precios, que han crecido en más del 50 o/o durante los últimos seis meses.

Si, para aliviar la situación de esas gentes, aumentáramos los salarios en la misma proporción que han crecido los precios, entonces el problema se agudizaría, con el consiguiente descalabro para la economía nacional, pues ello supondría la quiebra de las empresas marginales. Sobrevivirán las grandes compañías, las de aquellos cuyo capital está vinculado al extranjero, unidos a casas matrices del exterior que les pueden suplir recursos para pagar mejores sueldos, pero las pequeñas empresas no soportarían el impacto y terminarían por desaparecer del mercado, con lo cual la concentración de la riqueza sería cada vez mayor. Así se ahondaría la brecha entre los de mayores y menores recursos.

Los tres factores dinámicos de la economía centroamericana en el pasado, cuando los precios internacionales de nuestros productos eran buenos, fueron: primero, las exportaciones de café, banano, cacao y carne. Luego la industrialización y el proceso de sustitución de importaciones, que tuvo vigencia durante dieciocho años y que, a la larga, encareció los precios debido a la forma desorganizada como se adoptó y al elevado gasto que se hizo en instalaciones físicas. Como la producción no se organizó y no se tomó la decisión de que cada país se dedicara a

determinados artículos industriales, se produjo un exceso de maquinaria. En el caso de Costa Rica, afirmé en alguna ocasión que el proceso de industrialización se debió más a los vendedores de maquinaria que a las políticas gubernamentales. Aquí no tuvimos una verdadera política industrial y el desarrollo de la industria se realizó en virtud de las ventas de equipo - muchas veces obsoleto-, que los agentes hacían en forma directa a una persona o una familia costarricense.

El tercer factor dinámico de la economía centroamericana fue el gasto público. A él se echó mano luego de que se agotaron las posibilidades de la sustitución de importaciones. Ello condujo a un aumento desorbitado del gasto, al punto de que creció dieciocho veces en los últimos diez años. Incluso en Guatemala, país de economía totalmente liberal y que tenía las más altas reservas monetarias, se recurrió al crecimiento del Estado como participante en la actividad económica, con el consiguiente aumento del gasto público. Esto es, precisamente, lo que ha provocado la inflación que azota a nuestros países y un drenaje de las reservas monetarias internacionales. Ni una sola de las naciones de Centroamérica tiene en estos momentos saldos positivos de reservas monetarias, que se fugaron hacia el exterior. En 1981, por ejemplo, salieron de nuestra región más de mil millones de dólares, que fueron depositados en bancos de Miami, Suiza y otros países.

Conviene explicar, en cuanto a la exportación de productos tradicionales, - a la cual me había referido antes -, que ese proceso también sufrió un apreciable deterioro a causa de la crisis económica mundial representada por el fenómeno de la inflación-recesión, que contrajo la economía y obligó a las naciones ricas, como Estados Unidos, a reducir sus importaciones. Esos países redujeron sobre todo las compras externas de alimentos no indispensables o postres (como se considera al banano, al café y al azúcar). Estados Unidos dejó de comprar, por primera vez en su historia, el atún de los países tropicales de América, debido al exceso de reservas de ese producto que tenía la poderosa nación del norte.

La contracción de la economía de nuestros países, a causa de la reducción de sus exportaciones de productos tradicionales y del agotamiento de las posibilidades de sustitución de importaciones, los obligó a recurrir al gasto público como único elemento dinámico, a pesar de su carácter inflacionario. El Estado intervino cada vez más para promover la producción a través del sector público. La mejor muestra la constituye, en Costa Rica, el caso de la Corporación Costarricense de Desarrollo (CODESA), cuyas actividades no han sido, como lo esperábamos sus promotores, todo lo positivas que se preveían. Yo fui uno de esos promotores y luché durante catorce años por la creación de CODESA. Aun cuando sigo considerando que se trata de una buena solución, desa-

fortunadamente debo coincidir con quienes opinan que ha resultado ser un problema para el país. Sin embargo, esos resultados adversos se deben a la incapacidad de sus administradores y a la falta de honestidad de los gobiernos. La verdad es que en CODESA se invirtieron muchos millones de colones, que se desperdiciaron sin provecho para la población costarricense.

Entonces, ¿ qué sucederá en Centroamérica ? Supongo que recurrir a los Estados Unidos en demanda de ayuda. Muchos preferirían, tal vez, formar parte de ese país. Desgraciadamente, la primera reacción de los pueblos del Istmo sería, creo yo, recurrir al exterior para la solución de los problemas económicos de la región, buscar recursos blandos para financiar su desarrollo. En mi criterio, esa reacción es explicable si se toma en cuenta que muchos de nuestros problemas son importados. La inflación que nos azota tiene su origen no solamente en el gasto público, sino también en el enorme crecimiento de los precios de los productos que importamos y en la ostensible baja de los precios de los bienes que exportamos.

Los problemas que padecemos suelen achacársele al mal gobierno, pero la verdad es que la falta de capacidad de nuestros gobernantes no es la única causa de nuestras dificultades. Cualquiera que hubiera sido el gobierno de turno, los problemas habrían sido similares; no creo que, en lo sustancial, hubieran sido distintos. Esto lo prueba el hecho de que todos los países de la región, excepto Panamá, experimentan una situación económica adversa. El caso de Panamá es explicable. Se trata de una nación cuya economía se basa más en los servicios, que en la producción; una economía que se ha visto fortalecida a raíz del retorno de la soberanía del Canal a ese país, lo cual le permitió una mayor liberalización de algunos aspectos que antes estaban constreñidos, como la industria de la construcción. Insisto en que la economía panameña es una economía de servicios, no dependiente, sino "sucursalizada" respecto de los Estados Unidos, la cual resultó favorecida también como consecuencia de los problemas recesivos de esta nación, que indujeron a varios inversionistas norteamericanos a invertir en Panamá, en donde se sentían seguros debido a la protección que el gobierno estadounidense presta a la Zona del Canal. Para los centroamericanos, el problema de atracción de inversionistas radica, cabalmente, en la falta de seguridad existente en estos países.

Los centroamericanos no carecemos de razones para solicitar asistencia económica externa, pero esa ayuda tendría que canalizarse por medio de organismos que garanticen la correcta utilización de los recursos. Habría que organizarla con la participación de la CEPAL y del Banco Interamericano de Desarrollo, por ejemplo. Pero debemos tener muy claro que es necesario acabar con la explotación que supone el injusto intercambio comercial a que estamos sometidos. Ese intercambio

nos ha empobrecido y por ello es razonable demandar la asistencia económica del exterior, pero sin las ataduras y la injusticia que entraña el ser dependientes de otras economías. No se trata de aceptar ayudas condicionadas, como el financiamiento para importar artículos que excedentarios en el país de origen, bien podrían sustituirse por bienes que se producen en nuestro suelo, tal el caso del trigo, que se puede cambiar por maíz, o como el aceite de palma, que se da en nuestra zona. Debemos desconfiar de esa clase de asistencia porque nos hace bajar la guardia, al inducirnos a una actitud de esperar todo del exterior, a pensar en que la ayuda externa nos sacará siempre de nuestros problemas.

Estoy convencido de que toda la sangre que se ha vertido en Nicaragua, en El Salvador y en Guatemala, que ha fertilizado el suelo centroamericano, tendrá que florecer y fructificar en un futuro próximo, para que los pueblos de esta región se percaten de que el destino de Centroamérica sólo está en sus propias manos; para que cobren plena conciencia de que no puede existir una integración auténtica si no es producto del trabajo de nosotros mismos. El destino de estos países no puede seguir atado eternamente a los caprichos de los gorilas militares, que han humillado durante más de un siglo a estos pueblos y que han desca balado, en provecho de las oligarquías, el sistema económico. Es necesario que los grupos obreros se den cuenta de que la mala situación, producto de esos desaciertos, la están pagando ellos. Estoy seguro de que, así, habrán de identificarse todas las clases populares centroamericanas y de que no está lejos el día en que habrán de resolverse los problemas que sufren particularmente El Salvador, Guatemala y Honduras.